

Escritura, subjetividad y literatura en el amanecer de las IA generativas

Letras, almas e interfaces de escritura

Mariano Vilar

En la era de las IAs generativas como ChatGPT, la escritura experimenta una redefinición. El papel del autor se desdibuja, y la escritura se convierte en un acto despersonalizado y automatizado. La literatura y la creatividad literaria enfrentan nuevos desafíos, mientras que la lectura se desvincula de la subjetividad. Este cambio plantea cuestiones fundamentales sobre la escritura, la lectura y la subjetividad en la era digital.

* * *

*All work and no play makes Jack a dull bot
(The Shining, Stanley Kubrick)*

El presente

En 2022 hice un pequeño trabajo freelance para una *startup* estadounidense que aspiraba a crear un sitio web. La idea del sitio era que iba a estar centrado en libros sobre distintas áreas del saber (sobre todo vinculado a las ciencias sociales y humanas) y buscaban personas versadas en distintas disciplinas para generar contenido sobre esos libros en forma de preguntas y respuestas. Es decir, yo tenía que generar cuestionarios sobre libros clásicos (por ejemplo *El príncipe* de Maquiavelo) pensando en un público lector no especialista que buscara

de esa forma aprender más sobre el libro y luego testear su propia capacidad de recordar lo que había leído. Pagaban 5 dólares la hora.

El primer proyecto en el que participé fue artesanal. Es decir, releí el libro completo (las *Meditaciones* de Marco Aurelio), pensé una o dos preguntas por capítulo con sus respectivas respuestas y se lo envié a mi coordinadora. Aunque no era una tarea particularmente estimulante, me parecía que el concepto del sitio, generar preguntas que no fueran para ultra especialistas, podía más o menos articularse con uno de los postulados esenciales de la hermenéutica de Hans-Georg Gadamer: lo que vive de un texto son las preguntas que abre y no tanto las respuestas que plantea, y que interpretar es adquirir la capacidad de revitalizar esas preguntas (1999: 378-414).

Sin embargo, ya para el segundo libro que me encargaron, el CEO de la *startup* había descubierto una forma más eficiente de realizar este procedimiento: chatGPT. Tuvimos un pequeño seminario sobre cómo generar preguntas para el *play room* de chatGPT y se nos informó que el proceso iba a consistir en aprender a hacer los mejores *prompts* (es decir, las “preguntas” o “instrucciones”) para que chatGPT generara tanto las respuestas como las preguntas, y que nuestra tarea sería revisar esas preguntas y respuestas, preferentemente usando resúmenes online de los libros para ahorrar tiempo de lectura. Poco después dejé de trabajar con la *startup*, pero confieso que quedé entre atemorizado por lo que podía implicar a gran escala y por otro, embelesado con sus capacidades tecnológicas.

Cuento esta experiencia para enmarcar la pregunta central sobre la que me propongo reflexionar: la redefinición de la relación entre escritura y

subjetividad a partir del desarrollo y la popularización de las inteligencias artificiales (IA) generativas, cómo está impactando y cómo creo que puede impactar en la institución de la literatura, que incluye también la de la crítica y la teoría literaria.

Tecnología e interioridad

A riesgo de caer en el lugar común, creo que este archiconocido pasaje del *Fedro* es (de nuevo) útil para iniciar la reflexión sobre la redefinición del sentido de la escritura en el presente:

Pero, cuando llegaron a lo de las letras, dijo Theuth: «Este conocimiento, oh rey, hará más sabios a los egipcios y más memoriosos, pues se ha inventado como un fármaco de la memoria y de la sabiduría.» Pero él le dijo: «¡Oh artificiosísimo Theuth! A unos les es dado crear arte, a otros juzgar qué de daño o provecho aporta para los que pretenden hacer uso de él. Y ahora tú, precisamente, padre que eres de las letras, por apego a ellas, les atribuyes poderes contrarios a los que tienen. Porque es olvido lo que producirán en las almas de quienes las aprendan, al descuidar la memoria, ya que, fiándose de lo escrito, llegarán al recuerdo desde fuera, a través de caracteres ajenos, no desde dentro, desde ellos mismos y por sí mismos. No es, pues, un fármaco de la memoria lo que has hallado, sino un simple recordatorio. Apariencia de sabiduría es lo que proporcionas a tus alumnos, que no verdad. [...]»

FED. – ¡Qué bien se te da, Sócrates, hacer discursos de Egipto, o de cualquier otro país que se te antoje!

SÓC. – El caso es, amigo mío, que, según se dice que se decía en el templo de Zeus en Dodona, las primeras palabras proféticas provenían de una encina. Pues los hombres de entonces, como no eran sabios como vosotros los jóvenes, tal ingenuidad tenían, que se conformaban con oír a una encina o a una roca, sólo con que dijese la verdad. (*Fedro*, 274e-275c)¹

Primer punto para resaltar: la oposición entre la exterioridad de las letras y el alma humana, que está asociada en este pasaje (y en tantos otros en Platón) a la memoria. Estamos, sin embargo, dentro de una concepción de la escritura que podemos conectar fácilmente con la historia de la informática previa a las AI generativas. Esto es lo que analiza Eric Sadin

¹ Cito según la traducción de Lledó Íñigo.

(2021) como característico del desarrollo de las tecnologías de la información basadas en la creación de bases de datos cada vez más minuciosas y exhaustivas pero que todavía parten del supuesto de que esa información será analizada y procesada por mentes humanas que retienen el pleno poder de sus decisiones. En ese sentido, podemos trazar una genealogía más o menos lineal entre una planilla de Excel y los primeros testimonios de escritura que tenemos en los que se realizan inventarios de granos o de cobre.

La pregunta que podemos hacernos es si la memoria que se pone en riesgo con las IA generativas ya no es la memoria de un saber entendido como un contenido, sino más bien como un procedimiento. Lo que ahora corremos el riesgo de olvidar son los procesos asociados con el mismo acto de producir un texto, si es que no lo estábamos olvidando ya con otros cambios tecnológicos previos. En este sentido podemos reinterpretar las palabras de Platón respecto de que esta tecnología no tendrá el efecto buscado (facilitar la escritura) sino más bien el contrario, entumecer nuestra capacidad de ejercerla.²

En segundo lugar, me parece especialmente relevante el planteo platónico que opone, como en tantos otros textos, la verdadera sabiduría y su apariencia, que es puramente externa. Nada hay más externo que la relación que establece la escritura y el saber a partir de las inteligencias artificiales generativas como chatGPT, ya que efectivamente, el sistema no "sabe" nada. Puede generar un texto de 1000 palabras sobre el significado del perro en la cultura armenia, pero no sabe qué es un perro

² Tomo la expresión de la concepción de McLuhan (1996) del efecto doble de los medios de extender las posibilidades del cuerpo y la mente humanas al mismo tiempo que los someten a entumecimientos varios.

ni jamás lo va a saber, porque en última instancia “perro” no es para el sistema más que un *token*, una unidad abstracta que se combina más frecuentemente con ciertas palabras (como “sarnoso”) y menos con otras (como “fluorescente”) en el gigantesco corpus que tuvo como insumo. El chatGPT no solo no conoce la idea pura y perfecta del perro: tampoco conoce el significado de la palabra ni el conjunto de sus referentes, ni necesita conocerlos en absoluto para generar una impresión falsa de sabiduría.

Por último, quería referirme a la parte final de la cita, donde aparece lo oracular, que en tiempos más simples provenía directamente de objetos inanimados como una encina o una roca (y en última instancia los microchips en los servidores que hacen posible que exista chatGPT son eso: minerales). Quizás hay, en ese sentido, una especie de vuelta completa: de la sabiduría real, propia de hombres ágrafos que confían y desarrollan su propia memoria, a la caída en la escritura que externaliza lo que debería permanecer en el interior y genera una falsa apariencia de sabiduría. Finalmente, un retorno a algo todavía más primigenio, pre-sabiduría, donde la verdad simplemente está ahí afuera, emergiendo de las cosas. Al respecto dice Sadin:

Entramos en una era que nos muestra cómo nos rodea una palabra que emerge de todos nuestros sistemas. A largo plazo, todo está destinado a hablar, todos los objetos y todas las superficies, y entonces los asistentes digitales personales ocuparán todo el terreno y se erigirán como las interfaces casi exclusivas, no solamente entre los sistemas y nosotros, sino más ampliamente en la relación con lo real, porque serán capaces de señalarnos en todo momento la constitución de toda situación, así como la acción más pertinente a iniciar. (Sadin 2021: 88).

Como señalaba Derrida, Platón vehiculiza su ataque a las letras a partir de la escritura misma, por más que esta escritura pretenda alojarse en la sabiduría oral de Sócrates. Este artículo está siendo escrito por un ser humano, y no voy a sucumbir a la tentación (ya tan rápidamente trillada)

de incorporar párrafos escritos con ChatGPT. Sí creo que amerita problematizar, sin embargo, qué significa decir que algo está escrito por un ser humano en un contexto de hipermediaciones tecnológicas.

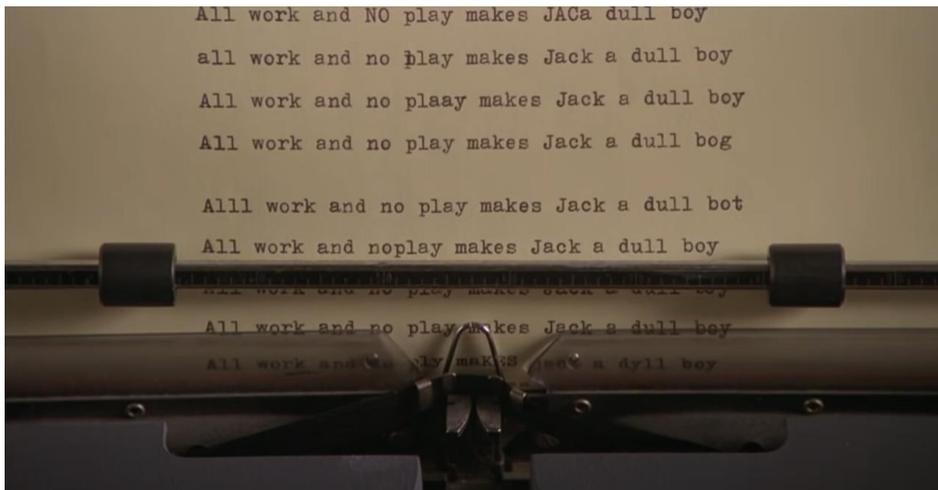
Historia de las interfaces de escritura

Hilemos más fino en el proceso de la despersonalización de la escritura. Sin entrar en las complejidades del alfabeto fonético como ordenador del habla individual y como tecnología de procesamiento de la información, tenemos tres grandes hitos ineludibles. Por un lado, la imprenta que, según Marshall McLuhan (1998), configuró una concepción del mundo (la “Galaxia Gutenberg”) basada en los procesos lineales, mecánicos y jerarquizados que a su vez posibilitaron (sino directamente engendraron) algunas dimensiones centrales de la subjetividad moderna. De ahí en más ya no leeremos sino excepcionalmente los trazos manuscritos que implican necesariamente la singularidad de un cuerpo presente con toda su carga emocional, física y subjetiva.

El siguiente hito, cuya importancia no ha sido reconocida hasta hace poco, es la máquina de escribir. Friedrich (2006) plantea que este último invento anticipa la cultura digital y crea un nuevo orden del significante en el que finalmente las letras se separan, ya desde su producción (porque antes de la máquina de escribir los imprenteros trabajaban necesariamente con versiones manuscritas), del dominio difuso de lo imaginario. El orden simbólico, en el sentido estructuralista-lacaniano, se instaura en la separación de la mano y la letra y en la objetivación de la cadena de significante QWERTY.

El paso siguiente es el que va de la máquina de escribir al procesador de textos en computadora. La digitalización de la escritura implicó muchos

cambios, como el de hacer correcciones puntuales sin necesidad de reescribir una hoja completa o la posibilidad de visualizar un texto completo en un estado previo a su forma física (o incluso, como en este caso, prescindiendo por completo de ella).³ Me interesa sobre todo destacar uno en particular: el cypaste, que implica la posibilidad de generar masas gigantes de texto con escasísimo esfuerzo.



Dos ejemplos cinematográficos sirven para ilustrar el contraste entre la máquina de escribir y el procesador de textos. En *The Shining*, Wendy Torrance confirma que su marido se ha vuelto loco cuando descubre que todo lo que ha estado escribiendo es la frase "All work and no play makes Jack a dull boy" en su máquina de escribir. La anécdota cuenta que Kubrick se ocupó de que, cuando Jack aparece escribiendo, el sonido de su máquina fuera efectivamente el del tipeo de estos caracteres, que fue grabado por separado. Además, alguien (según la leyenda, el mismo Kubrick) tuvo que de hecho tipear todas esas páginas, que muestran

³ Dos textos recientes indagan en detalle los efectos de la máquina de escribir, por un lado, y del procesador de texto, por otro: *El siglo de la máquina de escribir* de Martyn Lyons (2023) y *Track Changes: A Literary History of Word Processing* de Matthew Kirschenbaum (2016).

texto.⁴ Incluso una persona con escasos conocimientos técnicos podía percibir fácilmente cómo la tecla de la máquina de escribir golpeaba una tira cubierta de tinta. La impresión no era más misteriosa que la de una imprenta de tipos móviles y todavía retenía su sentido etimológico. Con el procesador de texto, la conexión entre el sujeto que presiona las teclas y lo que la pantalla muestra se vuelve infinitamente más opaca. La mayoría de quienes escribimos no tenemos idea de qué procesos están sucediendo bajo la carcasa de la PC. La tecnología de la escritura se convierte por primera vez en una caja negra y entramos en la lógica de la interfaz como una entidad digital. El chatGPT es solo la siguiente fase de ese mecanismo.

Este brevísimo recorrido por la historia de las tecnologías de la escritura plantea una cierta linealidad que podríamos atribuir, en primer lugar, a la ley de menor esfuerzo. Producir más texto más legible en menos tiempo hace que las palabras valgan menos, o que, como en los ejemplos de Jack Torrance y Sam, las palabras dejen de valer estrictamente por su valor referencial y aparezcan como evidencia de un proceso más ominoso.

Pero nuestro tiempo de lectura no parece dar saltos comparables a los de nuestros tiempos de escritura. La pregunta por el límite de esa pérdida de valor nos lleva a otro problema, que es la relación entre los usos prácticos de la escritura y sus usos artísticos o literarios en el contexto de la emergencia de las IA generativas.

⁴ Por otro lado, la misma película, en su escena más icónica (el moldeado de la vasija con Demi Moore y Swayze) también escenifica los orígenes de la escritura: su impresión en arcilla.

La literatura en competencia con los usos prácticos del lenguaje

En toda esta historia, la escritura literaria (o si se prefiere, artística, no destinada a describir eficientemente un estado de cosas, etc.) ocupó un rol más bien marginal. Se escribe para guardar información contable antes que para cualquier otra cosa. El chatGPT es, en lo inmediato, también una tecnología empleada principalmente para funciones utilitarias del lenguaje: traducciones automáticas de textos legales o a lo sumo periodísticos, agilización y respuesta de consultas a bajo precio para empresas, asistente en las tareas de programación, etc.

La literatura, en el sentido moderno del término, está en tensión con estos usos pragmáticos y burocráticos del lenguaje al menos desde el siglo XVIII. En *Aufschreibesysteme 1800/1900* Friedrich Kittler (1985) analiza cómo las reformas educativas alemanas en los primeros años del 1800 construyeron simultáneamente la figura del burócrata estatal y del poeta, que son en gran medida codependientes porque surgen de una (misma) forma de concebir la alfabetización. Para este autor, la aparición de ejércitos de mecanógrafas a partir de la invención de la máquina de escribir tuvo una incidencia radical en la relación entre literatura y autoría femenina, así como en la modificación de los ideales románticos previos a su invención.

El oficinista que escribía o dictaba a una mecanógrafa al mismo tiempo que concebía una novela o el humanista que escribía cartas para un príncipe y luego redactaba hexámetros al estilo de Virgilio en sus tiempos de ocio todavía encontraban puntos de contacto entre esas tareas, pero esos puntos quizás se pierdan para siempre. En el amanecer de las IA generativas no es ocioso preguntarse cómo se redefinirán los nuevos

roles de los especialistas en el lenguaje. La misma tecnología de OpenAI depende a fin de cuentas de una subclase relativamente reciente: los especialistas en “procesamiento de lenguaje natural” (NLP, por sus siglas en inglés), es decir, quienes hacen de la lengua humana un conjunto de datos computable. Estos desarrollos parecen fomentar a primera vista un contraste todavía más fuerte que separe la escritura humana y creativa de todos los otros tipos de escritura, más allá de que existan experimentos variados en “E-lit” (literatura electrónica) que intentan establecer algunos puentes. Ya el letrado, para ganarse el pan, se ha convertido en un “generador de contenido”. Esta categoría es quizás su último avatar antes de desaparecer.

Escritura, lectura y subjetividad

El chatGPT produce textos notablemente legibles en el sentido de que podemos leer sus emisiones con una gran facilidad porque respetan notablemente bien las reglas del lenguaje natural. Sin embargo, es más difícil saber *qué* leemos en sus enunciados cuando no buscamos respuestas puntuales a preguntas de índole práctica. Básicamente, la pregunta es si en lo que el chatGPT “escribe” (y la palabra también es discutible) hay un horizonte de *lectura* que puede ser análogo al que produce un texto humano.

Esto nos lleva al problema de la intención autoral (y acá volvemos sobre la cita de Platón), o incluso al de la intencionalidad en general. ¿Cuál es el destino de una lectura que reconoce la muerte del horizonte interpersonal de lo que está leyendo? La hermenéutica como la comunión de dos almas a través del lenguaje escrito está en crisis hace rato. Ya no se trata solo de “cartas muertas” como decía Peter Sloterdijk

(2000: 84) sino literalmente de una gigantesca base de datos tokenizada. El pasado encontró una forma de hablarnos que no esperábamos. Encontró un nuevo lector (un algoritmo) y una nueva interfaz (el chat). Los autores ya no vuelven como fantasmas. No hace falta Patrick Swayze presionando las teclas.

Por supuesto, esta exacerbación del funcionamiento algorítmico de la lectura puede tener como consecuencia su inversión y ser la condición necesaria para el renacimiento de la lectura humanista y de los horizontes hermenéuticos más locales y focalizados. Como se ha dicho tantas veces, buscamos escrituras cada vez más personales, más humanas, más rastreables a un autor o autora. De ahí también el peso simbólico de la “cultura de la cancelación” en el presente, como si no pudiéramos disfrutar de leer algo a menos que creamos que la persona que lo escribió puede o podría haber sido nuestra amiga. El juego del significante independizándose de su creador, que fascinó tanto a la teoría durante varias décadas, estaría encontrando en el chatGPT y otras tecnologías su límite histórico. El estructuralista más acérrimo y caricaturesco podía fantasear con un lenguaje que fuera puro juego del significante liberado al lector, porque sabía que el autor en el fondo seguía ahí, incluso (como tantas veces dijo Barthes) en su ausencia. Pero ahora la ausencia es finalmente real, y quizás por eso el significante dejó de fascinarnos.

Algunas conclusiones

El recorrido que planteé empezó con el problema global de la historia de la escritura y de su origen mítico tal como es narrado en el *Fedro* para plantear la posibilidad de que haya una conexión profunda y estructural en el carácter des-subjetivador de la escritura y el momento en el que nos encontramos ahora gracias a las inteligencias artificiales generativas. Mencioné también, a partir del comentario de Platón sobre los oráculos que provenían de los objetos mismos, que se puede tratar de una cierta circularidad. La verdad pasa de los objetos a la palabra humana, se pervierte en la escritura y vuelve finalmente a los objetos inanimados.

Hablamos también de un cambio progresivo pero aparentemente inflexible entre la producción de texto y el cuerpo humano y el esfuerzo que implicó históricamente escribir. Siempre fue ese conocimiento complejo de adquirir, que *con sangre entra*, que fue alguna vez propio de una casta sacerdotal y va muy lentamente difundiéndose a lo largo de los siglos hasta llegar a la escuela moderna. Ya antes del chatGPT inventos como la imprenta de Gutenberg, la máquina de escribir, y finalmente el procesador de texto, generaron una cultura cada vez menos exigente para producir palabras escritas. La capacidad generativa de las AI se suma en esa misma línea de reducción del esfuerzo. ¿El próximo paso es que podamos incluso prescindir del *prompt* y directamente ordenemos flujos de textos a partir de un mero deseo formulado en la interioridad de nuestros cerebros? El esfuerzo de pensar acompañó el esfuerzo físico de escribir de una forma que parece estar desapareciendo incluso desde antes del chatGPT.

Nos queda, sin embargo, el esfuerzo estético como última zona de resistencia. El choque contra lo previsible del lenguaje, lo que es

improbable pero al mismo tiempo *tiene sentido*... ahora, ¿no representa todo esto el “lenguaje ordinario”, aquel contra el que se diferenciaba el lenguaje poético para Victor Shlovksy en los albores de la teoría literaria? El chatGPT solo vendría a consagrar en términos técnicos lo que ya sabíamos de la literatura y la poesía: su improbabilidad estadística. La teoría literaria del siglo XX generó las condiciones para la existencia del chatGPT mientras que la lingüística es un eslabón necesario de su sistema. Quizás es posible adicionar, por otro lado, que la exaltación del significante en la teoría literaria del siglo XX fue también una de sus condiciones de posibilidad

Por último, planteamos los problemas de la lectura cuando la “función autor” se ve desplazada de la agentividad humana, y de si nos interesa aprender a leer textos que no remitan en ningún punto a la subjetividad. La respuesta a esto puede ser una nueva “literatura menor”, basada en la intimidad, la proximidad (leer a nuestros amigos) y el deseo de reponer lazos íntimos mediante textos literarios (que retomen, en ese sentido, una función epistolar). Se trataría así de suplir la creciente necesidad de construir una escritura *humana* que no se diferencie tanto por los significantes que emplea sino por el espíritu que sobrevuela la letra. Vamos o hacia una escritura humana cada vez más artesanal, o incluso (como había anunciado McLuhan) hacia una oralidad secundaria. Ahí hay un nuevo margen para la resistencia de lo literario: hacer de la *letra* una unidad no computable, separarla del bit.

No es el único camino. “Quizá los grandes autores del futuro serán aquellos que puedan escribir los mejores programas para manipular, analizar y distribuir prácticas de lenguaje”, decía Kenneth Goldsmith en

Escritura no-creativa: Gestionando el lenguaje en la era digital (2015: 17). Está es la otra deriva que podemos asociar más con los procesos de creación tecnológica y manipulación de información: acelerar la datificación de la escritura hasta un punto de no retorno. Dadas las competencias y habilidades que implica este camino, es sin duda el que más se conecta con las necesidades y posibilidades del mercado en un mundo basado en los datos.

¿Cuánto de esto son imaginaciones del futuro y cuánto una descripción del presente? Mucho de lo que se planteó acá del chatGPT todavía no se comprueba en el día a día de las oficinas ni de los procesadores de texto de los autores literarios. Este texto no fue escrito con ayuda de ChatGPT, aunque intenté que me diera ideas para una conclusión interesante. No estuvo ni cerca. Por ahora, nos seguiremos esforzando humanamente para leer en el presente la huella que dejó el pasado en el futuro.

Referencias bibliográficas

- Gadamer, Hans Georg. 1999. *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme.
- Goldsmith, Kenneth. 2015. *Escritura no-creativa: gestionando el lenguaje en la era digital*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Kirschenbaum, Matthew G. 2016. *Track Changes: A Literary History of Word Processing*. Cambridge: Harvard University Press.
- Kittler, Friedrich A. 1985. *Aufschreibesysteme: 1800/1900*. Munich: Wilhelm Fink.
- . 2006. *Gramophone, Film, Typewriter*. Stanford, Calif: Stanford University Press.
- Lyons, Martyn. 2023. *El siglo de la máquina de escribir*. Buenos Aires: Ampersand.

- McLuhan, Marshall. 1996. *Comprender los medios de comunicación: las extensiones del ser humano*. Barcelona: Paidós.
- . 1998. *La Galaxia Gutenberg*. Barcelona: Círculo de lectores.
- Sadin, Éric. 2021. *La inteligencia artificial o el desafío del siglo: anatomía de un antihumanismo radical*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Sloterdijk, Peter. 2000. *Normas para el parque humano: una respuesta a la «Carta sobre el humanismo» de Heidegger*. Madrid: Siruela.